

LA GUERRILLA ESPAÑOLA DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

José CEPEDA GÓMEZ
Universidad Complutense de Madrid



COMO consecuencia de la victoria del Ejército de Castaños en Bailén (julio 1808), los franceses —y entre ellos el propio rey José Bonaparte— se replegaron hacia el norte, cerca de la frontera. Pero el sueño español no duró muchos meses; el emperador en persona, al mando de sus mejores tropas, entró en España a comienzos de noviembre de 1808 para irse en los primeros días del mes de enero siguiente, tras dejar encauzada la victoria sobre el ejército expedicionario inglés y preocupado por las noticias que llegaban de París, Viena y Moscú. Pues bien, desde esas iniciales semanas de 1809, una vez que Napoleón ha restaurado a su hermano José Bonaparte en el trono de Madrid tras su fulgurante entrada en la Península y sus victorias sobre los ejércitos regulares españoles y británicos, comienzan a proliferar por las tierras hispanas grupos de combatientes irregulares que acosan a las tropas bonapartistas (1). Pequeños propietarios, campesinos, jueces, alcaldes, estudiantes, soldados, artesanos, pastores, clérigos, oficiales del Ejército o la Marina, abogados, bandidos, contrabandistas, etc, son algunas de las muchas

(1) Algunos autores creen que puede hablarse de guerrillas y guerrilleros desde el mismo verano de 1808. Incluso citan textos en los que aparece la palabra «guerrilla» en los meses inmediatamente posteriores al levantamiento de mayo. Por el contrario, para ARTOLA, Miguel, uno de los primeros historiadores que se interesó por el tema y comenzó la revisión del fenómeno con criterios historiográficos modernos, «la aparición de las guerrillas como fenómeno bélico no se produce, en contra de una generalizada opinión, hasta los primeros meses de 1809. Antes de esa fecha existen casos aislados que no constituyen sino excepciones incapaces de caracterizar un hecho como la guerra revolucionaria». «La España de Fernando VII», p. 247. Tomo XXVI de la *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid, Espasa-Calpe, 1968.

actividades y profesiones ejercidas antes de la guerra por los futuros guerrilleros, que alcanzaron varias decenas de miles de hombres agrupados en cientos de partidas (dieciséis de las cuales concentraron, en torno a 1812, al 80 por 100 del total) y que se extendieron por todas las regiones españolas, destacando por su mayor intensidad y constancia las de Cataluña, Navarra, Castilla la Vieja, Sistema Central (Segovia y Guadalajara), Aragón, Galicia, Asturias, País Vasco y La Rioja, pero sin olvidar las guerrillas de Castilla la Nueva, Valencia y Andalucía. Muchos son paisanos (principalmente campesinos y con un importante número de mujeres entre ellos), pero también hay ex soldados y mandos militares que, dislocadas sus unidades tras la derrota en el campo de batalla, pasan a engrosar esas «partidas» o «guerrillas». No faltan, tampoco, los desertores, algunos procedentes del «multinacional» Ejército napoleónico.

Como recoge el coronel Nicolás Horta Rodríguez en su estudio: «...no tratamos ni de la guerrilla como línea de tiradores ni de la tropa que hace la descubierta y rompe las primeras escaramuzas, sino que nos referimos a la tercera acepción del *Diccionario de la Lengua Española*, “partida de paisanos, por lo común no muy numerosa, que al mando de un jefe particular y con poca o ninguna dependencia de los del ejército, acosa y molesta al enemigo”» (2).

Un conflicto diferente en el marco de las guerras de liberación contra el imperio napoleónico

Desde aquel invierno de 1808-1809 hasta la victoriosa conclusión de la guerra contra el francés, los españoles patriotas se enfrentarán en una durísima y feroz contienda contra los bonapartistas —franceses y españoles afrancesados— que no se circunscribe a los combates «tradicionales» en los que dos grandes ejércitos dilucidan en los campos de batalla el futuro de sus estados, según se estipula en el correspondiente tratado de paz. En la *Guerre de l'Espagne* (nombre con el que es denominada por los franceses) no hubo ni una batalla de Austerlitz o Jena, ni un tratado como Tilsit. Recuérdese que la victoria del Gran Corso en Austerlitz (diciembre de 1805) significó, entre otras cosas, el dominio francés sobre Alemania (creación de la Confederación del Rin, con 16 Estados aliados y «protegidos» por Napoleón y disolución del vetusto Sacro Imperio Germánico) a costa de Austria. Por su parte, el resultado de Jena es claro: los prusianos se someten a Napoleón. En Tilsit (julio de

(2) HORTA RODRÍGUEZ, Nicolás: «Sociología del movimiento guerrillero», en el tomo II de *Las Fuerzas Armadas Españolas. Historia Institucional y Social*, Madrid, Editorial Alhambra, 1986, p. 274.

1807) el derrotado zar de Rusia hubo de ceder ante el emperador Napoleón el dominio fáctico de gran parte de Europa centro-oriental (Polonia pasa ser un protectorado francés). En Austria, en Prusia, en Rusia, los pueblos aceptaban lo firmado por sus respectivas autoridades, que no era sino consecuencia de la derrota de sus correspondientes ejércitos. Otra batalla «definitiva», la victoria aliada en Leipzig (octubre de 1813), provocó el derrumbamiento del poder francés en casi toda Europa.

La pugna de Napoleón con austríacos, prusianos y rusos nos sirve de referencia para comparar con lo sucedido en la 'península Ibérica. En el enfrentamiento de París con Viena, Berlín y Moscú, fueron unas pocas batallas las que decidieron el curso de los acontecimientos; victoriosas para Napoleón hasta 1812, derrotas de sus ejércitos a partir de ese crucial año. Pero fueron, repito, contadas batallas. Un ejemplo más: entre diciembre de 1805 (batalla de



Tumba de Jerónimo Merino Cob (el cura Merino) en Lerma.

Austerlitz) y abril de 1809 (declaración de guerra de Viena contra Francia), los austríacos y los franceses no sólo no combatieron, sino que fueron aliados. En la guerra que siguió a la ruptura de la primavera de 1809, otra batalla, la de Wagram (julio 1809) dejó a los austríacos postrados para los cinco años siguientes. Y tampoco hubo levantamientos antifranceses. Tras las batallas campales de los respectivos ejércitos, cesaba la violencia. Por el contrario, en los campos de España no fueron decisivas las batallas ni en Ocaña, ni en Espinosa de los Monteros, ni en Sagunto, ni en Tudela, ni en Vich, ni en Tortosa, ni en Valencia. No dejó de combatirse desde mayo-junio de 1808 hasta la primavera de 1814. En algún lugar de España un ejército regular español o unos guerrilleros atacaban a los hombres de Napoleón o de José Bonaparte.

Aquí cabe decir que la campaña de los británicos en las tierras de Portugal y España tiene un propósito, unos objetivos, muy distintos a los que pretendían nuestros ejércitos. Londres exige a Wellington que proteja Portugal, su cabeza de playa en el continente. España fue, para los ingleses, un mero campo de batalla en la guerra contra Napoleón. A nuestros generales —más o menos brillantes en sus decisiones y con mayor o menor capacidad militar— se les exige desde Cádiz que «liberen» territorios españoles, que recuperen para la Nación sus pueblos, sus ciudades, sus tierras. Vencer a los enemigos en los campos de batalla españoles no era solamente un paso hacia la derrota de Napoleón, sino reconquistar parte de España. Al cuerpo expedicionario británico y a su comandante supremo no les preocupa volver una y otra vez a sus posiciones fortificadas en Portugal.

Es, pues, la sostenida por los españoles una contienda que se encuadra dentro de las guerras europeas de liberación contra el imperio napoleónico, pero tiene una características muy especiales. En primer lugar, para comprender la diferente reacción del pueblo español ante los victoriosos ejércitos franceses a la que manifestaron otros pueblos de Europa, es imprescindible recordar que Napoleón destronó a la dinastía reinante en España —cosa que no hizo, por ejemplo, con los Habsburgo de Viena o los Romanov de Moscú—, lo que exacerbó los ánimos de muchos españoles identificados con sus reyes, por mucho que hoy nos cueste entender la pasión sentida por nuestros compatriotas de aquellos momentos hacia los Borbones que les tocaron en suerte. Las buenas relaciones diplomáticas entre Francia y España durante el siglo XVIII sólo habían sufrido una interrupción entre 1793 y 1795 (Guerra contra la Convención). Tras este paréntesis bélico, volvieron a establecerse esas alianzas entre París y Madrid. De hecho, el rey de España, Carlos IV, fue aliado de todos los gobiernos de la Francia revolucionaria desde el verano de 1789 hasta mayo de 1808, con la excepción del bienio 1793-1795. (Se ha llamado al Tratado de San Ildefonso de 1796 «el Pacto de Familia sin familia»). Destronar a los reyes de España, especialmente al «Deseado» Fernando VII, acabó siendo el principal error de Napoleón con respecto a los

españoles (3). Porque, ¿qué más podía desear el emperador del gobierno de Madrid? A veces se olvida que los soldados franceses comenzaron a entrar a finales de 1807 en España como aliados y con la intención de ocupar Portugal. O que una parte de las mejores tropas de Carlos IV estaban en Dinamarca y la zona de Hamburgo al servicio de Napoleón. O que la Real Marina borbónica española combatía junto a los barcos franceses y compartía bases y apostaderos.

El ingrediente religioso es, asimismo, muy fuerte, mucho más que en otras campañas antinapoleónicas. El clero, alto o bajo, obispos o curas de aldea, estuvo presente desde el principio del levantamiento, desde la formación de las primeras juntas, ejerciendo el papel conductor y de adoctrinamiento que llevaba siglos practicando, y con gran parte de su prestigio ante el pueblo aún intacto (4). Y por encima de cualquier duda, la mayoría de los españoles se implicó en una guerra amarga, cruel, larga, destructora, en la que no cabían neutrales. Todos se sentían concernidos y no se delegaba la defensa de la Monarquía en los que servían en los ejércitos, en los soldados, como había venido sucediendo en el Antiguo Régimen. Si los diputados de Cádiz acabaron por declarar en marzo de 1812 que «está asimismo obligado todo español a defender la patria con las armas, cuando sea llamado por la ley» (artículo 9.º de la Constitución) y que «ningún español podrá excusarse del servicio militar cuando y en la forma que fuere llamado por la ley» (artículo 361), y crearon el nuevo Ejército de la nación y no del soberano (5), ya antes muchos españoles de a pie se habían echado a las calles de las ciudades o al monte a combatir con sus escasas armas a los soldados del, por entonces, mejor ejército del mundo. ¿A defender la patria con las armas? En muchos casos puede decirse

(3) Las razones que motivaron a los gobiernos de ambos Estados a estrechar sus lazos militares y diplomáticos desde el Primer Pacto de Familia (1733) hasta el Tratado de Fontainebleau (1807) no se basaban en motivos sentimentales-familiares, sino en imperativos pragmáticos, estratégicos. Agradasen en Madrid más o menos los gobernantes de turno que hubiese en París, la Corte española accedió a todo lo que pedían los franceses. Incluso, por supuesto, en el plano militar. Y esto es válido en 1807, como lo había sido en 1735, en 1744 o en 1761... Pese al nombre de Pactos de Familia, la política internacional española tuvo mucho de *realpolitik*. Los ministros de los Borbones españoles sabían del desdén con que los franceses nos miraban... pero el verdadero enemigo era Gran Bretaña, su Marina de guerra y sus apetencias coloniales. Mal que bien, de Francia podíamos obtener algo; de los ingleses, nada.

(4) Es suficientemente conocido que no pocos religiosos se convirtieron en jefes de grupos guerrilleros. El cura Merino es el más famoso. Incluso hubo partidas compuestas principalmente de seminaristas y clérigos que se llamaron «Cruzadas». Otra muestra de la importancia y el papel del clero en la España de comienzos del siglo XIX la tenemos en el elevado número de diputados de las Cortes de Cádiz que eran eclesiásticos. Y en los dos grupos ideológicos, tanto entre los «serviles» como entre los liberales.

(5) «Habrà una fuerza militar nacional permanente de tierra y de mar, para la defensa exterior del Estado y la conservación del orden interior» (artículo 356). En los siguientes artículos se establecía que las Cortes (no el rey) fijarían anualmente el número de tropas que fueren necesarias y el de buques de la Marina militar que hubieran de armarse o conservarse armados.

que existió, sí, ese sentimiento patriótico. Pero no en todos. Porque hubo diferentes guerrilleros, como hubo diferentes guerrillas.

Y evolucionaron desde 1809 hasta 1814, ya que pueden advertirse tres grandes etapas en el desarrollo del movimiento guerrillero:

- Desde primeros de 1809 hasta noviembre de ese mismo año.
- Desde noviembre de 1809 hasta enero de 1812.
- Desde este invierno de 1812 hasta la primavera triunfal de 1814.

A lo largo del año 1809 van constituyéndose partidas que se nutren con paisanos y con no pocos desertores y oficiales o ex soldados que han sido derrotados en las batallas «formales». Tienen cierta relación con el ejército aliado, al que aportan información y ayudan en determinadas circunstancias, a cambio de armas. Entre la derrota de Ocaña (noviembre del año 1809) y la rendición de Blake en Valencia (enero de 1812) se sitúa el bienio de predominio militar francés en grandes áreas de la Península, y es en esos años centrales cuando la guerrilla tiene mayores dificultades para subsistir y cuando alcanza su momento de auge como «resistencia» autónoma. Porque a partir de la primavera de 1812 es muy notable la coordinación entre las unidades del ejército regular aliado (británico y español) con unas partidas guerrilleras en claro proceso de militarización.

Interpretación actual de la guerrilla y su aportación al triunfo sobre los bonapartistas

¿Qué movió a tantos españoles a desafiar el peligro, a jugarse la vida, en lugar de quedarse en sus casas y aceptar sin más la nueva legalidad que se había fijado en Bayona con las renunciaciones de Fernando VII y de Carlos IV? La respuesta a esta pregunta es, posiblemente, la que ha hecho variar más la interpretación que los historiadores hacen hoy del fenómeno guerrillero frente a la visión tradicional, «romántica», de esa guerra irregular que tuvo lugar entre 1808 y 1814. Sin negar los factores religiosos, políticos, patrióticos, que pudieron animar a muchos a «echarse al monte», la revisión actual que investigadores ingleses, italianos, franceses y españoles vienen haciendo, trata de profundizar en las causas socioeconómicas. Es significativo, por ejemplo, que los años 1811 y 1812 fueron dramáticos en España por las crisis de subsistencias que provocaron las paupérrimas cosechas. En muchas ciudades hubo hambrunas (6) —que

(6) El consumo humano de la patata se generalizó en España durante esos años de la Guerra de la Independencia. En Madrid, por ejemplo, casi no se comía patata antes de 1810. Se despreciaba y consideraba alimento de animales.

algún autor considera que fueron las más graves en los siglos modernos para ciertas zonas, como el centro peninsular— y esas calamidades deterioraban el clima social y propiciaban la aparición de «descontentos», alguno de los cuales podía pasar la línea hacia la marginalidad, como ha venido sucediendo en los siglos anteriores. El campo ha sido, secularmente, refugio de marginados y de huidos. En *Historia Social* sabemos que pícaro era, normalmente, el campesino que huía hacia la ciudad, en tanto que bandolero era el hombre de ciudad que huía al campo, para, en ambos casos, escapar de la miseria y la injusticia social. No se trata, desde luego, de calificar a los guerrilleros de meros delincuentes sociales, aunque alguno sí lo fuera; pero es evidente que la vida en las partidas—incluso desde un punto de vista estrictamente militar— no está sujeta a normas, deberes, ordenanzas. Y eso atraía a ciertos españoles. Como a los que sentían el miedo a ser reclutados por alguno de los ejércitos regulares que había en la Península en esos años y preferían acogerse a una vida menos disciplinada. (El guerrillero podía, fácilmente, alternar sus dos «trabajos», acudiendo a hacer las tareas agrícolas en su momento, para reincorporarse oportunamente a combatir a los franceses. Estaba, las más de las veces, cerca de su hogar, de su familia, de sus intereses. Y eso no le era posible al soldado regular). Tampoco puede desdeñarse como acicate para engrosar las partidas el mero resentimiento personal por una ofensa sufrida a manos de los soldados franceses que vivían de lo que obtenían en los lugares por donde pasaban (7). Hubo, en fin, casos en que las partidas incorporaban, a la fuerza, a algún individuo que se cruzaba por su camino.

La valoración «militar» de la guerrilla también ha sido revisada en los últimos años. Desde la inmediata posguerra hasta los años cincuenta del siglo xx han venido enfrentándose dos interpretaciones. Para muchos testigos e historiadores británicos y franceses los guerrilleros fueron o bien un grupo de indisciplinados e ineficaces estorbos o un atajo de salvajes y fanáticos reaccionarios que, en cualquier caso, apenas incidieron en el resultado final de la guerra (8). Tan sólo las tropas regulares del ejército aliado anglohispanoportugués, bajo la suprema dirección de Lord Wellington, consiguieron derrotar a los generales napoleónicos. Alguno de aquéllos destacaba el heroísmo y la

(7) La logística de los ejércitos napoleónicos en España nunca funcionó bien y sus unidades vivieron siempre sobre el terreno, lo que les enemistó, lógicamente, con los campesinos, víctimas de sus requisas y saqueos.

(8) El historiador militar Geoffrey Best escribe lo siguiente: «A Wellington no le gustaban las guerrillas por la misma razón que a cualquier otro oficial de carrera y aristócrata. Y el desagrado era recíproco. La guerra en la península fue un laboratorio de actitudes militares y de tipos de guerra. La profesionalidad internacional que se venía desarrollando ininterrumpidamente desde el siglo xviii nunca mostró su carácter mejor que en la manera en que “enemigos” franceses y británicos se respetaban y agradaban más de lo que lo hacían con los españoles. No podía esperarse que a los franceses les gustasen, aunque sí de los británicos, ya que se suponía



Francisco Espoz y Mina.

bravura de los guerrilleros, pero todos quitaban importancia al efecto que la participación de las partidas y guerrillas pudo haber tenido en el resultado final de la guerra. Frente a ellos, la otra visión, básicamente escrita por autores españoles, y con una destacada aportación de novelistas y biógrafos de alguno de los más conocidos caudillos populares de la guerra, casi afirmaba que a Napoleón y a sus mariscales les vencieron los guerrilleros y los heroicos defensores de Zaragoza y Gerona. Concedían, eso sí, algún mérito a Wellington... En el imaginario colectivo de muchas generaciones españolas esta última ha sido la imagen dominante.

Hoy en día, sin embargo, hay coincidencia en la mayoría de los estudiosos de

aquella Guerra de la Independencia en valorar como muy destacada la participación de los guerrilleros como eficaces colaboradores de los ejércitos regulares aliados. El general Miguel Alonso Baquer resume así esta idea: «Empezaron haciendo imposible que José Bonaparte ganara la guerra de España y terminaron haciendo posible que Wellington venciera en la guerra peninsular, nutriendo parte de sus divisiones y engendrando en torno al enemigo amenazado por Wellington una atmósfera de inseguridad» (9). Por su parte, el citado Geoffrey Best, en su capítulo titulado «La guerra popular: algo muy español», tras comentar la tendencia a adoptar posturas mutuamente excluyentes de

que estaban en España luchando por una causa común...». BEST, Geoffrey: *Guerra y Sociedad en la Europa Revolucionaria. 1770-1870*, Madrid, Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 1990. Remito al lector a una nota posterior para conocer la opinión que nos profesaba Napoleón...

(9) ALONSO BAQUER, Miguel: «Las ideas estratégicas en la Guerra de la Independencia», en el tomo II de *Las Fuerzas Armadas Españolas. Historia Institucional y Social*, Madrid, Ed. Alhambra, 1986, p. 261.

británicos y españoles a la hora de valorar el papel de guerrilleros o británicos en la *Peninsular War*; acaba por escribir que «para un historiador que aspire a contemplar toda la escena desde una cumbre trasnacional, la conclusión es evidente: que cada grupo fue indispensablemente complementado por el otro, y que ningún bando hubiese podido ganar la guerra por sí mismo» (10). Ésta es la valoración actual más aceptada entre los historiadores.

Las misiones de la guerrilla

¿Cuáles fueron sus principales cometidos en el plano castrense? En verdad hay que comenzar por decir que hubo varios tipos de guerrillas. Algunas no tenían entre sus miembros a nadie con experiencia militar. Conocían, eso sí, la vida en el campo, cazaban desde niños, o se desplazaban por los montes como arrieros, o como contrabandistas. En esos grupos de «resistentes» la forma de ejercer la violencia contra los soldados franceses era la típica que se desarrollaba, en pequeña escala, en todos los montes del sur de la Europa mediterránea ancestralmente. Una forma primitiva, cruel, de emboscadas, sin más regla que la de aprovecharse del conocimiento del paisaje y del momento escogido para pillar por sorpresa al rival. Pero también sabemos hoy que otros guerrilleros tenían una previa formación militar como antiguos soldados (alguno, incluso, había sido oficial de los Reales Ejércitos o de la Marina) y que hubo colaboración directa entre las partidas y los ejércitos, con mucha mayor eficacia desde 1812 hasta el final de la guerra, etapa en la que llegaron a incorporarse grandes unidades guerrilleras al esfuerzo del ejército regular aliado. En el transcurso del conflicto, alguno de aquellos grupos de combatientes irregulares se fueron «regularizando» y adoptando empleos propios del Ejército, que muchas veces sus jefes exigían con vehemencia a la Regencia y a las Cortes. El caso de Francisco Espoz y Mina es el más representativo: habiendo empujado la guerra como uno más de los hombres de la guerrilla mandada por su sobrino Mina «el Mozo», la terminó en 1814 con el nombramiento de general (otorgado por las Cortes) y mandando una división de más de 11.000 hombres. Esta gran unidad incluía caballería y varias piezas de artillería con sus servidores, que el propio Wellington le había hecho llegar por mar a la vez que le incluía en sus planes estratégicos como una división más de entre sus fuerzas.

La actividad guerrillera comprendía muchos aspectos. Obtenían información sobre los movimientos y recursos de las unidades francesas; capturaban correos enemigos dificultando al mando francés la toma de decisiones basadas en información adecuada; atacaban pequeños destacamentos; se apoderaban

(10) BEST, G.: *Idem*, p. 166.

de los pertrechos y víveres transportados por pequeñas columnas enemigas; obligaban a proteger con nutridas escoltas cualquier convoy por pequeño que fuera; aterrorizaban a los soldados galos, con lo que, inconsciente o conscientemente, provocaban su venganza y el efecto acción-represión-acción, que acentuaba entre los paisanos el odio contra los soldados «invasores»; mantenían viva la llama de la insurrección, castigando, si llegaba el caso, a los colaboracionistas —los afrancesados— o a los tibios; forzaban al invasor a permanecer en constante vigilia y, sobre todo, le obligaban a dispersar sus fuerzas para proteger muchos puntos fijos, nudos de comunicaciones y depósitos, y para perseguir a los *brigands* (bandidos) (11).

Los franceses se vieron en la necesidad de llevar a cabo una dura y compleja guerra de contrainsurgencia. De este modo, los mariscales napoleónicos en España nunca pudieron disponer de superioridad en el campo de batalla frente al ejército mandado por Wellington. La cifra de los soldados franceses en la Península en algún momento llegó a ser superior a los 300.000 hombres, pero en ninguna de las grandes batallas —Talavera, Busaco, Ciudad Rodrigo, La Albuera, Salamanca, Arapiles, Vitoria, San Marcial— sumaron más de 65.000 los efectivos de los que pudieron disponer Marmont, Soult, Suchet y los demás comandantes bonapartistas (12). En la concepción que Napoleón tenía de la guerra uno de sus postulados básicos se basaba en la concentración de efectivos en el preciso momento de la batalla, en disponer del grueso de sus tropas a la hora y el día del encuentro con el enemigo. En la *Guerre de l'Espagne* sus generales no pudieron seguir nunca sus enseñanzas. Los soldados franceses estaban dispersos en guarniciones por toda la Península, «fijados» por los guerrilleros y aterrorizados por ellos. Las cifras de muertos y heridos provocados por las guerrillas son hoy discutidas; se ha venido afirmando que podían haber llegado a las 100 víctimas diarias, lo que supondría un total de 180.000. Tal vez estén infladas, pero fueron muy altas; y los testi-

(11) Los franceses, además de negarles el estatus de combatientes, descalificaban a los guerrilleros. No es de extrañar; Napoleón dijo alguna vez de los españoles que éramos una «chusma de ignorantes mandados por una chusma de curas...». Y a los soldados españoles los comparó con «la canalla de El Cairo». Tras su derrota final, en Santa Helena, nos dedicó alguna frase más amable.

(12) MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: en el cuadro de la página 147 de su reciente obra *La Guerra de la Independencia (1808-1814). Claves españolas en una crisis europea*, Madrid, Silex ediciones, 2007, anota estos datos: En Talavera, el mariscal Victor pudo disponer de 46.138 soldados del total de 288.552 tropas francesas en España; en Busaco, Victor mandaba 59.000 de los 324.996 totales; en Albuera, Soult no dispuso más que de 23.000 de los 354.461 existentes; en los Arapiles, Marmont contó con 42.000 de un total de 258.898; en Vitoria, José Bonaparte concentró 65.000 soldados, cuando aún quedaban en la Península 98.970 franceses...

monios que tenemos de los soldados franceses no dejan lugar a dudas; sentían venir al infierno (13).

Precisamente sobre la dispersión de las tropas napoleónicas en España, algunos autores han llegado a afirmar que las victorias de los ejércitos bonapartistas les debilitaban, «pues la capacidad operativa de los franceses disminuía en la misma medida en que se veían forzados a detraer parte de sus efectivos para otros muchos menesteres» (14). Liddell Hart escribió en *La estrategia de la aproximación indirecta* que los franceses «a la vez que los dispersaban (a los soldados españoles) dispersaban igualmente sus propios recursos y el veneno se esparcía cada vez más» (15).

Podemos deducir de lo anterior que los ejércitos regulares se beneficiaron de la actividad de los guerrilleros, constante aguijón en la retaguardia francesa y con una presión que acababa por desmoralizar a los soldados napoleónicos. Pero también se hace evidente que las guerrillas pudieron subsistir porque el ejército regular español nunca dejó de combatir, pese a las derrotas. Los generales franceses sabían cómo actuar en una guerra de contrainsurgencia: persiguiendo a los guerrilleros con columnas móviles para acorralarles en sus escondrijos y acantonar fuerzas numerosas en los pueblos e impedirles conseguir alimentos, pero no tenían los efectivos que se requerían para ello porque debían enfrentarse a las unidades regulares que, sin perder nunca la voluntad de vencer, volvían una y otra vez al combate. En resumen, se compenetraron mucho más de lo que parece deducirse de las críticas que, con frecuencia, dirigían los militares de carrera contra la indisciplina y el desorden de los guerrilleros.

Hubo desde muy pronto un claro deseo por parte de las autoridades de Cádiz y de los mandos del Ejército, no siempre conseguido: regularizar, organizar, reglamentar, controlar a los guerrilleros. La Junta Central publicó el primer *Reglamento de Partidas y Cuadrillas* el 28 de diciembre de 1808. Es notable este documento porque aún no se habían constituido grupos de resistentes en los campos con suficiente entidad. Las derrotas ante Napoleón de esos días hicieron ver a los máximos representantes del Estado, de la España patriota, que no bastaban los ejércitos de Cuesta, Castaños y los demás generales, sino que había que movilizar a toda la nación.

Creo que en la dramática crisis nacional de 1808-1814, los diputados de Cádiz, los soldados del ejército regular y los guerrilleros fueron los verdaderos pilares del Estado español. Y utilizo intencionadamente la palabra Estado

(13) DE DIEGO, Emilio: recoge y discute alguna de las cifras que diversos autores han dado para calcular el número de bajas provocadas por los guerrilleros y el porcentaje de soldados dedicados a «la lucha contra la insurgencia». *España, el infierno de Napoleón. 1808-1814. Una historia de la Guerra de la Independencia*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008, pp. 127-128.

(14) Ídem, p. 129.

(15) Tomo la referencia en la citada obra de ALONSO BAQUER, Miguel, p. 237.

porque quiero recalcar que unos y otros, uniformados o no, desde los bancos de las Cortes gaditanas, desde las formaciones en línea de combate (o en los barcos de guerra que aprovisionaron a todos desde el mar, ese gran olvidado en las historias de la Guerra de la Independencia), o desde las serranías, mantuvieron viva a la España patriota, que no claudicó pese a las numerosas derrotas sufridas. Precisamente es aquí donde hay que poner el acento en la importancia del ejército regular durante la Guerra de la Independencia y en el empeño de las autoridades de Cádiz por «regularizar» las partidas y guerrillas, concediéndoles a sus integrantes la condición de soldados sin uniforme. Es un lugar común preguntarse para qué sirvió nuestro Ejército si, tras la victoria de Bailén en julio de 1808, no volvió, prácticamente, a ganar una sola batalla. Pues bien, ese Ejército que nunca se dio por vencido, que volvía al combate día tras día, que se reorganizaba una y otra vez, representaba la legalidad de la España de Cádiz, del Estado español. Mientras hubiese un Ejército que obedeciese las órdenes y directrices de las Cortes —auténtico poder ejecutivo, en la práctica, de la España patriota— seguiría existiendo ese Estado (16). La España de Fernando VII subsistió porque esas instituciones resistieron: las Cortes en Cádiz y los ejércitos en los campos y ciudades de la Península. Con penurias y calamidades, pero resistieron, no perdieron la confianza en la victoria final (17). Y a unos y a otros ayudaron los guerrilleros, ese «curso terrestre» que mantuvo en jaque a los ejércitos franceses y sus aliados, a la vez que comprometía —por convicción o por coacción— a todos los paisanos en la oposición a los bonapartistas, a la legalidad que pretendían imponer los partidarios de José I Bonaparte, el «rey intruso».

¿Fue original la guerrilla española?

Siempre ha habido grupos más o menos numerosos de hombres que atacan a soldados invasores de un territorio sentido como propio, y que no siguen los cánones militares de cada época. Peor armados que los ejércitos enemigos,

(16) Durante la Guerra de Independencia de los Estados Unidos ya se había dado una situación muy semejante. El *Continental Army*, mandado por George Washington, llegó a tener poco más de quinientos combatientes en un trágico invierno. Muchos querían disolverlo pero Washington se opuso. Replicó que mientras hubiese «soldados continentales» (soldados regulares norteamericanos, diríamos hoy) existiría un Estado, tendría respetabilidad ante el exterior. En cierto modo, fueron esos cientos de soldados, junto con los representantes de las colonias reunidos en el Congreso Continental de Filadelfia, los que mantuvieron viva a la nueva nación.

(17) En el sitiado Cádiz la vida nunca fue tan dura como la de los soldados que combatían en las tierras de Valencia, Cataluña, Extremadura o Castilla, porque el dominio del mar lo mantuvieron siempre los antibonapartistas y el trasiego de barcos fue constante durante toda la guerra, llevando alimentos, noticias, órdenes y pertrechos. Y propaganda.

buscan la sorpresa y el momento de debilidad momentánea de los contrarios, se aprovechan del mejor conocimiento del terreno (son lugareños) y evitan los espacios abiertos generalmente. Sus acciones son rápidas y contundentes, pero no pueden permitirse el lujo de explotar el éxito ocupando el terreno pues deben huir a sus campamentos ocultos en la fragosidad del monte, o al anonimato de sus casas. Actúan, claro, en la retaguardia del enemigo y usan una extremada violencia en sus golpes. Su objetivo es expulsar al invasor de sus tierras y para ello, puesto que no tiene suficiente fuerza como para aniquilarle, tratan de procurarle miedo, desmoralizarle, hacerle desistir de su empeño por ocupar «sus» tierras. Uno de sus objetivos se centra en privarle de recursos, alimentos, armas y pertrechos.

Pero ese tipo de guerra defensiva, no reglada, típicamente campesina y no de soldados profesionales, no es nueva. Los escitas se enfrentaron al emperador Darío con tácticas guerrilleras 500 años antes de Cristo; los hombres de Judas Macabeo lucharon así contra los sirios 150 años después; los galeses resistieron durante los intentos de ocupación de los ingleses en los siglos XII y XIII de nuestra era. Tampoco hace falta remontarse a los diversos «resistentes» que desde Viriato han combatido a tropas regulares en la península Ibérica para hablar de guerrilleros hispanos. En el levantamiento de los moriscos granadinos de 1568 y la subsiguiente Guerra de las Alpujarras se dieron todos los ingredientes de una guerra de este tipo. Y en la Guerra de Sucesión (1700-1714) y en los años posteriores hubo, por ejemplo, importantes partidas de guerrilleros austracistas en los campos de Valencia y Cataluña. No hace falta retroceder tantos años. En la segunda mitad del siglo XVIII tenemos algunos ejemplos de guerra de guerrillas; en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos (1776-1783), en la *Vendée* contrarrevolucionaria (1793-1796), en la rebelión de los negros de Haití contra Napoleón (1800-1802) o, mucho más cerca en el espacio, durante la Guerra contra la Convención (1793-1795), en la que se dieron claros precedentes de movilización de paisanos catalanes contra los soldados franceses y en la que tuvieron su bautismo de fuego algunos de los futuros guerrilleros de la Guerra de la Independencia. Como resume un teórico norteamericano de nuestros días, «la guerra de guerrillas no es una seña de identidad de ninguna ideología particular, de ningún siglo o de ninguna cultura. Lo que define a los guerrilleros no es por qué, ni cuándo, ni dónde, sino cómo luchan. La guerra de guerrillas es un conjunto de tácticas. Las tácticas de la guerrilla son un esfuerzo para contestar a la pregunta: ¿Cómo puede el débil hacer la guerra contra el fuerte?» (18).

En cuanto a la palabra (hoy préstamo lingüístico del español a muchos idiomas que no traducen el término) no es desconocida en España porque ya

(18) JOES, Anthony James: *Guerrilla Warfare. A Historical, Biographical, and Bibliographical Sourcebook*, Westport, Connecticut-London, Greenwood Press, 1996, p. 4.

en el siglo XVI se utilizaba con el significado de «guerra interna o acción punitiva emprendida contra rebeldes del interior». Covarrubias, en su *Diccionario* (1611), dice: «Guerrilla: quando entre particulares ay pendencia y enemistad formada». En el siglo XVIII se utiliza el término en España con el significado de «encuentro ligero de armas». En Francia se utilizó el término *petite guerre* (19), y precisamente en 1780 se traduce la obra del francés Geoffroy de Grandmaison, *La Petite Guerre*, con el título español de «La guerrilla o tratado del servicio de las tropas ligeras en campaña» (20).

Lo que marcó la Guerra de la Independencia española como «la guerra de guerrillas» por antonomasia en el imaginario colectivo de la gran mayoría de la opinión pública y en la obra de todos los autores que han escrito sobre ella, empezando por sus testigos presenciales, es la enorme amplitud, duración y extensión del fenómeno. Como acabamos de ver, ese tipo de guerra ni era nuevo ni se «inventó» en España. Pero las magnitudes que alcanzó durante los seis años que duró ese conflicto y la expansión por todas las comarcas españolas, desde el Cantábrico hasta Andalucía y desde Portugal hasta Cataluña, fue mayor que en ningún conflicto anterior. También ayudó a esa mitificación de la figura del guerrillero el periodo histórico/literario que se abre precisamente en la Europa de la inmediata posguerra: el Romanticismo y su exaltación del individualismo rebelde. La imagen del héroe que se enfrenta valeroso contra el destino, despreciando su propia vida en aras de unos ideales que parecen inconquistables, le va perfectamente al orgulloso español que vive bajo las estrellas y se lanza contra un pelotón de franceses con una hoz como única arma... A esos autores románticos, que fueron los primeros que novelaron, historiaron o pintaron la Guerra de la Independencia, les gustaban mucho más los grupos de desarrapados con cuchillos que las columnas de hombres uniformados con sables. Y esa idea ha quedado en el acervo colectivo, aunque no sea toda la verdad porque sólo centra su mirada en una parte, no en el todo. Hubo muchos otros españoles patriotas que no estuvieron en la guerrillas y que se enfrentaron, también con las armas, contra los soldados napoleónicos. Pero eran mucho más atractivos esos guerrilleros. Por cierto, no es la única guerra en que se distorsionan las imágenes de los combatientes, primando a los resistentes frente a los soldados.

(19) GARCÍA CARCEL, Ricardo: *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de La Independencia*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2007, pp. 136-137.

(20) Recojo la referencia de la obra *La Guerra de la Independencia de España (1808-1814)*, Alella-Barcelona, Ediciones Nabla, 2007, p. 123. El editor del libro es MOLINER PRADA, Antonio, uno de los mejores conocedores hoy en día de *La Guerrilla en la Guerra de la Independencia*, como reza el título de su libro, premiado y publicado en 2004 por el Ministerio de Defensa.